

po de Tulancingo, y el Sr. Pavón; no estando en México Monseñor Labastida, le substituyó el Obispo Ormaechea.

El Gral. Almonte, hijo del Sr. Morelos, desmereció tan gloriosa progenie, pues fué un personaje funesto á su patria. Poseído de una ambición muy superior á su capacidad, fué un verdadero tránsfuga político que se aliaba al partido que más le convenía; había sido algunas veces Ministro, pero no le bastaba, pues aspiraba al poder supremo; fué de los que más intrigaron para llevar á efecto la Intervención, habiendo logrado engañar al candoroso Napoleón III; llegó á México amparado por las fuerzas de la Convención Tripartita dándose el pomposo y vano título de Jefe Supremo de la Nación, y sirvió de semilla de discordia para producir la separación de las naciones aliadas que habían firmado la Convención. Desencantado Napoleón de él después de la batalla del 5 de Mayo, ordenó á Forey que prohibiera á Almonte darse el sonoro título de que tan complacientemente se revestía.

La Junta Superior de Gobierno designó además doscientas quince personas para formar una Asamblea de Notables que decidiese la forma de Gobierno que la nación deseaba. Esta asamblea, reunida bajo el amparo de las bayonetas francesas, se anticipó indiscretamente á los deseos hasta allí secretos de Napoleón III, votando casi por unanimidad que México adoptara la monarquía moderada, que el soberano se llamaría Emperador de México, que el trono mexicano había de ofrecerse al Archiduque Fernando Maximiliano; la cuarta de las conclusiones era verdaderamente humillante, pues decía que, en caso que por un motivo cualquiera, Maximiliano no pudiera ocupar el trono, la nación mexicana se remitía á la benevolencia del Emperador Napoleón III para que designara otro príncipe católico á quien ofrecer la corona.

Aquella Asamblea de Notables, que sólo lo fueron por el deseo servil de adivinar y hacer públicos los deseos de Napoleón, y que con tanto descaro tomaron el nombre de la nación, disgustaron al César francés con su indiscreta abyección, colocándole en una situación desairada á los ojos de Europa. El Emperador francés, amigo de los plebiscitos; él, que hacía siempre alarde de respetar las nacionalidades, aparecía á los ojos del mundo invadiendo á un pueblo, imponiéndole un Gobierno y escamoteando la voluntad nacional, haciéndola representar muy impropiamente por la de unos cuantos caballeros vecinos de la ciudad de México.

Pero no fué éste el solo desengaño que Napoleón III tuvo; el poder ejecutivo, dirigido por Almonte é inspirado primero por el Obispo Ormaechea y poco después por el Arzobispo Labastida, se mostró rabiosamente reaccionario; quería despojar á los que habían adquirido bienes del clero conforme á las leyes de Reforma, quería abolir la libertad de cultos, había abolido ya los decretos del Sr. Juárez que prohibían el culto externo y el Viático salía

otra vez por las calles al son de campanillas y escoltado por la fuerza armada.

Napoleón aparecía, pues, ante el mundo como protector del fanatismo religioso, como conculcador de derechos legítimamente adquiridos; y las armas francesas, que habían sido siempre portestandartes de la libertad del mundo, eran ahora llevadas por pretorianos puestos al servicio de algunos dignatarios eclesiásticos. El César francés no pudo consentir en representar un papel tan poco airoso, ordenó á Forey primero, y á Bazaine más tarde, que reprimiesen las tendencias reaccionarias del Gobierno Provisional que ya se titulaba Regencia, y que declarase pública y solemnemente que había de subsistir la tolerancia de cultos, y que los que habían adquirido legítimamente bienes del clero, no serían inquietados, sino respetados y protegidos en la posesión de ellos.

Terrible golpe fué éste para los conservadores. Habían solicitado la intervención francesa para restablecer los privilegios y las prerrogativas del clero, para devolverle sus riquezas, para abolir la libertad de cultos, y resultaba que las armas francesas sancionaban las ideas de Juárez y desconocían al partido conservador que las había llamado. Se produjo un divorcio irremediable entre la idea política, que solicitó el apoyo francés y las tropas francesas, y este divorcio fué un germen de muerte que debía producir poco después la ruina del Imperio. La Reforma recibió la mejor sanción, la de los enemigos á quienes se había llamado para que la oprimieran y aniquilaran.

Fué acentuándose ese divorcio cada vez más. Bazaine obligó á los Regentes á conducirse en sentido liberal, lo cual produjo la discordia en la misma Regencia, pues el Sr. Labastida, aprovechando la ausencia de Bazaine que había salido á la campaña del interior, se separó de sus colegas Almonte y Salas protestando contra la conducta de éstos, los cuales le excluyeron de la Regencia del Imperio. El Arzobispo se asoció con otros altos dignatarios eclesiásticos, y unido á ellos formuló con fecha 16 de Diciembre de 1863 una protesta en que, después de afirmar con gran vigor el derecho inalienable del clero á sus bienes, declaraba incursos en las censuras canónicas á los que habían ejecutado la ley Lerdo y las de Juárez expedidas en Veracruz en 1859, y á los autores y ejecutores de las disposiciones destinadas á despojar á la Iglesia de sus bienes, añadiendo que todos los que detentasen parte de ellos estaban en la obligación de restituir, y de reparar el escándalo, y que sin esta condición no podrían ser absueltos ni en artículo de muerte.

El Sr. Labastida fué aún más lejos. El Gral. Neigre, comandante superior de México, le dirigió una carta en que le invitaba á respetar las disposiciones de la autoridad civil, y recibió de Mons. Labastida una respuesta altanera en que afirmaba, entre

otras cosas, que la Iglesia sufría los mismos ataques que en tiempo de Juárez, y se encontraba en peor situación que entonces.

¡Qué valiosa declaración! El jefe de la Iglesia mexicana afirmaba que la Intervención francesa, llamada para restablecer al clero en sus bienes y privilegios, perseguía la religión tanto ó más que el Gobierno de Juárez, y esa declaración no tenía más fundamento que el propósito del jefe francés de hacer respetar derechos fundados en la ley, acatando así órdenes expresas de Napoleón III. ¡Qué brillante justificación fué para el partido liberal, para los reformistas y para el Sr. Juárez, el escandaloso espectáculo de fulminar las penas canónicas á los que no devolviesen á la Iglesia bienes adquiridos conforme á las leyes, repitiéndose así las escenas del tiempo de Comonfort, y siendo obligados los clericales á someterse al orden por una autoridad, que ellos habían llamado en su apoyo!

La vuelta de Bazaine á la Capital calmó la indisciplina clerical rayana en rebelión; pero estaba sembrado el gérmen de discordia entre el Gobierno francés y el partido reaccionario que quedaban definitivamente descontentos uno de otro; nada podía conjurar el funesto destino de un Imperio que iba á edificarse sobre los frágiles cimientos de datos erróneos, de informes apasionados, de exageradas, absurdas y anticivilizadoras pretensiones; ese Imperio debía derrumbarse como ruín cabaña, y consolidar con sus despojos las instituciones liberales y reformistas.

IV

Y aquel Imperio traído en la punta de cuarenta mil bayonetas se inauguró al fin. Desde el 3 de Octubre de 1863, Maximiliano, que hacía dos años conocía los propósitos que se abrigan de ceñir su frente con la corona imperial mexicana, recibió en su castillo de Miramar á la Delegación enviada por la Asamblea de Notables á ofrecerle el trono. D. José M. Gutiérrez Estrada, Presidente de la Comisión, leyó el discurso conducente; contestó Maximiliano, con mucha prudencia y discreción, que sólo aceptaría si su nombramiento era confirmado por el voto de la nación toda. El mérito de esta respuesta disminuye mucho si se tiene en cuenta que el Archiduque había nombrado de antemano á D. Francisco Arrangoiz, para que fuera á Londres á conferenciar con Lord Palmerston, á fin de saber si el Gobierno inglés reconocería al nuevo Imperio, á lo que aquel hombre de Estado contestó que solamente se haría así si el Imperio proyectado se apoyaba en la voluntad de la nación.

Muy difícil es, en un país como el nuestro, consultar la voluntad nacional; pero la campaña que abrió Bazaine á fines de

1863 en el interior de la República, y que le hizo dueño de muchas poblaciones de los Estados del centro, permitió forjar actas electorales de un modo muy sencillo; eran firmadas por la autoridad política nombrada por los franceses, y por un grupo de vecinos llamados Notables, y también nombrados por los franceses, después se escribía la cifra de la población, como dando á entender que los contados eran otros tantos votantes.

Con estas supuestas actas que sólo se referían al territorio dominado por los invasores, y que, al acabar el año de 1863, apenas equivaldría á la tercera parte de la República, acudieron los Delegados mexicanos á Miramar á principios de Abril de 1854; encontraron al futuro Emperador muy empeñado en una cuestión de familia, pues Francisco José le negaba el permiso para ser Emperador de México si no hacía antes una renuncia absoluta de sus derechos á la corona de Austria, á lo cual el futuro *Kaiser Max* se negaba tenazmente. Fueron vencidas sus resistencias, firmó de muy mala gana la renuncia que casi se le arrancó, y el día 14 de Abril se embarcó á bordo de la *Novara* para dirigirse á México, debiendo de paso detenerse en Roma para recibir la bendición de su Santidad Pío IX, pues fundador de un Imperio católico, creía necesario ese requisito para la prosperidad de su empresa.

Mas esas bendiciones no alcanzaron á mejorar el descaminado propósito; antes de aceptar la corona en Miramar había conferenciado Maximiliano con Napoleón III, celebrando con él un tratado público y otro secreto que le aseguraban hasta 1867 el apoyo de la legión extranjera. Desde los comienzos del Imperio su situación financiera fué ruinosa, hasta fines de 1863 la expedición francesa había costado doscientos diez millones de francos, se calculaba que para mediados de 1864 estos gastos llegarían á doscientos setenta millones. El Imperio debía reembolsar á Francia esta enorme suma, y seguir pagando después los gastos que erogasen las tropas extranjeras en México, á razón de mil francos por cada hombre en cada año. Se comprometía además Maximiliano á entregar al Gobierno francés sesenta y seis millones en títulos del empréstito que habría de contratarse una vez aceptada la corona.

Era preciso forjarse verdaderos delirios para creer posible cumplir tales compromisos, y en efecto delirios semejantes se albergaron en la cabeza de Napoleón y en la de Maximiliano; el primero, guiado por los datos erróneos y apasionados de los refugiados políticos que le habían inducido á tan descabellada aventura, tenía la firme creencia de que en México podían recaudarse anualmente ingresos por valor de doscientos cincuenta millones de francos, ó sea cincuenta millones de pesos, y que los gastos del Gobierno podían cómodamente hacerse con veinte millones; que-

daba pues, al año, un sobrante de treinta millones de pesos, con el cual podían afrontarse todos los compromisos; además, Napoleón estaba engolosinado con la idea de explotar las minas de Sonora, y ya Bazaine había obtenido del Gobierno de la Regencia las concesiones respectivas.

En cuanto á Maximiliano, hombre soñador, poeta en ocasiones, más amigo de la contemplación que de la acción, sólo veía el lado poético de la empresa, y le deslumbraba tanto que solía decir que se le había ofrecido un lecho de rosas tendido sobre una mina de oro. El lecho que le esperaba era el de Cuauhtemoc, y la mina, no estaba cargada de oro, sino de pólvora y metralla republicanas.

El 12 de Junio de 1864 el desventurado soñador entró á México, pasando bajo arcos de triunfo y entre aclamaciones tan estrepitosas como falaces y efímeras, y se convenció pronto de lo inconsistente de sus sueños así como del irremediable peso de las dificultades en que iba á colocarse. Los ensueños financieros fueron los primeros que se disiparon, el mejor año fiscal que tuvo Maximiliano, el primero de su reinado efímero, cuando era dueño de todos los puertos, sólo llegó á producir ingresos por valor de veintidos millones de pesos. Había mucha distancia de esto á los cincuenta millones en que Napoleón estimaba los ingresos; es verdad que México puede producir, no sólo cincuenta millones, sino ochenta y aún más, como lo demuestra el estado actual de nuestras rentas; pero ese resultado no se podía conseguir entonces de un modo inmediato, ni mucho menos podía lograrlo un Gobierno implantado por la fuerza. Con un ejército considerable se puede dominar en poco tiempo un país, pero sólo al cabo de bastantes años de paz y de orden se le puede administrar.

Los partidos políticos de México eran gérmen de futuras discordias é inevitable ruina para el Imperio. Hemos visto la intransigencia del partido conservador, Maximiliano no juzgó á propósito apoyar las excesivas pretensiones de ese partido, y no sólo sino que le desdeñaba, le alejaba de los puestos públicos, y despreciaba, motejaba y ridiculizaba á los conservadores llamándoles *viejas pelucas y cangrejos*.

Con pretextos honrosos envió al extranjero á los mejores caudillos reaccionarios, á Márquez á Turquía y á los Santos Lugares, y á Miramón á Berlín. Maximiliano hacía todo lo posible por atraerse á los liberales que le desdeñaban, pues apenas algunos moderados, como D. Fernando Ramírez y Cortés Esparza aceptaron sus favores. La situación militar no era favorable, los franceses sólo dominaban el terreno que pisaban; apenas se iban de un punto, éste volvía al dominio republicano; para dominar un territorio tan extenso, de un suelo tan quebrado como el nuestro, se habrían necesitado centenares de miles de hom-

bres. Además, los conflictos de autoridad entre Maximiliano y Bazaine eran muy frecuentes, y poco á poco fueron entibiando sus relaciones, que acabaron por convertirse en una verdadera aversión.

Las cuestiones pendientes no tenían solución, la muy disputada de los bienes del clero, que durante la Regencia se había aplazado para cuando Maximiliano ciñese la corona, no fué nunca resuelta con anuencia de la Iglesia. Después de muchas instancias consiguió Maximiliano que Pío IX enviase á Monseñor Meglia con el carácter de Delegado apostólico; pero el dicho Delegado se negó á todo acuerdo que no tuviera por bases la supresión de la libertad de cultos, y la derogación de las leyes de Reforma. Nada valieron súplicas, ni halagos; la Emperatriz derrochó en vano cerca del inflexible Nuncio su enorme poder de sugestión, éste se encerró en el infranqueable *non possumus*, y, pretextando carecer de instrucciones, se retiró al fin sin que nada se hubiese arreglado.

La cuestión diplomática presentó desde el principio del Imperio un punto obscuro, que fué agravándose cada vez más con el transcurso del tiempo. Los Estados- Unidos se negaron obstinadamente á reconocer al Imperio, y consideraron siempre á Juárez como gobernante legítimo. Mientras la poderosa nación estuvo empeñada en la formidable guerra separatista su actitud fué simplemente inquietante y molesta; pero desde que los confederados fueron vencidos la actitud del Gobierno del Norte fué terriblemente amenazadora y determinó la caída del Imperio.

V.

Y así tenía que suceder, Maximiliano, en los pocos años de su reinado, se encontró en la situación más difícil y embarazosa; era un Emperador sin ejército, la fuerza armada que le sostenía estaba á las órdenes de otro Emperador. Soñador incorregible, amigo de los grandes proyectos, aunque sin paciencia ni capacidad para llevarlos á cabo, había perdido lastimosamente el tiempo sin organizar un ejército que le sostuviera al retirarse los franceses. Estaba á merced de Napoleón, el cual, fatigado con la oposición que el público francés hizo constantemente á la empresa de México; aburrido con las dificultades financieras del nuevo Imperio, que no pudieron ser vencidas á pesar de haberse enviado de París especialistas, uno de los cuales murió, víctima, á lo que se cree del exceso de labor cerebral causado por el embrollo de aquellas rentas; muy alarmado además Napoleón por el estado de la diplomacia europea y el gran predominio que adquiriría Prusia vencedora en Sadowa, y agobiado al fin por las

enérgicas notas del Ministro americano Seward, resolvió acabar de una vez con aquella situación, y sacrificar aquel Imperio que en mala hora había prohiado, retirando sus fuerzas, y negando todo subsidio pecuniario á aquel trono mexicano que había absorbido tantos millones del ahorro francés, y tanto dinero de las arcas imperiales.

En vano la infeliz Carlota fué en persona á implorar la piedad de Napoleón, y á tratar de vencer la inflexibilidad de Pío IX impetrando de él un arreglo en la cuestión de bienes de la Iglesia; nada consiguió, y su espíritu, agotado por terribles emociones y presentimientos sombríos, sintió caer sobre él la noche siniestra y sin aurora de la locura. Esta interesante mujer fué la primera víctima sacrificada en aras de aquel vano Imperio mexicano que sólo fué útil á la idea liberal y reformista, consolidándola y haciéndola nacional é identificándola con el santo amor de la patria.

Resuelta la partida de los franceses abrigó Maximiliano el pensamiento de abdicar y retirarse, para obrar con más libertad y estar más cerca de la costa partió á Orizaba. Su carácter indeciso se vió en estas ocasiones sujeto á terribles pruebas; por un lado lastimaba profundamente su vanidad renunciar de un golpe á sus imperiales ensueños, é irse entre los equipajes del ejército francés haciendo papel desairadísimo; por el otro veía el hondo abismo que se abría á sus piés permaneciendo en el país sin dinero, sin ejército, sin nada que le ofreciese garantías de sostener una situación que se desmoronaba. En tal estado de ánimo los conservadores, los implacables se apoderaron de él. Márquez y Miramón le ofrecieron sus espadas, Don Teodosio Lares, jefe del partido reaccionario, le instó con desusada energía á que permaneciera en el país y sostuviera el Imperio; el desventurado aceptó, regresó á México, y volvió á empuñar en sus débiles y trémulas manos aquel cetro que se quebrantaba.

A principios de 1867 agonizaba aquel aborto de Imperio; numerosas y formidables columnas republicanas, ceñidas con los laureles de la victoria, se encaminaban poco á poco á la parte central de la República. Escobedo el intrépido mandaba el ejército del Norte, Corona el valeroso el de Occidente, y Porfirio Díaz el incomparable, después de las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, se encaminaba á Puebla dispuesto á cercarla. Miramón, recordando sus felices campañas del Interior en 1858 y 1859, se dirige hácia el Norte, y por un golpe de mano se apodera de Zacatecas, habiendo estado á punto de capturar al Sr. Juárez.

Muy poco después pagó cara su audacia siendo completamente derrotado en San Jacinto por el ejército del Norte. Entonces se resuelve Maximiliano á dirigirse en persona al Interior, para ponerse al frente de sus tropas y conquistar el Imperio que

habían querido regalarle los franceses, más no pasó de Querétaro; mal inspirado, mal aconsejado, y siguiendo siempre el peor dictamen, dejó que se runieran y le pusieran cerco los ejércitos del Norte y del Occidente; envió entonces á Márquez á la Capital en demanda de auxilios; más el jefe conservador, en lugar de regresar pronto á Querétaro, se encaminó al Oriente para salvar á Puebla sitiada por el General Porfirio Díaz. El ilustre caudillo, al saber la marcha de Márquez, tomó á Puebla por asalto en la madrugada del 2 de Abril, después acometió á Márquez derrotándole y persiguiéndole hasta obligarle á encerrarse en la Capital á la cual sitió.

Los sitiados de Querétaro estaban pues destinados á perecer, se habían metido en un callejón sin salida; la noche del 14 al 15 de Mayo, en virtud de una baja intriga, cuyo instigador á lo que parece fué el mismo Maximiliano, el Coronel Miguel López entregó el convento de la Cruz, clave de la plaza; en unas cuantas horas los restos del Imperio, hacinados desesperadamente allí, cayeron en poder de las triunfadoras huestes republicanas. Maximiliano, Miramón, Méndez, Mejía, todos los jefes y oficiales, todos los soldados cayeron en poder de los vencedores; sólo Ramírez de Arellano pudo escapar de aquella ratonera.

Maximiliano fué juzgado conforme á una ley expedida por el Sr. Juárez en los primeros días de la intervención, el Consejo de Guerra le condenó á muerte, y el Sr. Juárez, justiciero, inflexible y previsor, resistió cuantos influjos se interpusieron para alcanzar la gracia de Maximiliano, el cual fué fusilado con Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas. El día 21 de Junio el Sr. General Porfirio Díaz ocupó la Capital.

Aunque el Imperio no sea más que un epílogo de la Reforma, la completa y redondea. Tuvo una gran importancia en la evolución histórica del país, extirpó para siempre la idea monárquica, extirpó asimismo todo conato de intervención extranjera, haciendo ver palpablemente sus inconvenientes, sus dificultades y su esterilidad final. El ensueño favorito de los conservadores quedó absolutamente desprestigiado con el trágico fracaso de 1867; nunca las circunstancias habían parecido más propicias para realizarlo, nunca se pudo contar con elementos más poderosos, y á pesar de todo, sólo produjo una catástrofe. A nadie ocurrió en lo futuro renovar tan infeliz tentativa; el espectro sangriento de Maximiliano retraerá á los príncipes ambiciosos de la insensata idea de ceñir corona en México.

La tragedia de 1867 consumó, é hizo definitivo y nacional el triunfo de las ideas liberales y reformistas. En 1861 el partido conservador sólo había quedado vencido y desarmado; pero existía, se agitaba y era un amago constante á la conservación de la paz, justamente á sus intrigas se debió la fatal tentativa de establecer en

México un Imperio; pero después del espantoso derrumbamiento de éste, el partido conservador quedó desorganizado, decapitado y muerto, dejando de figurar en el escenario político para ocupar su puesto en la Historia.

En cambio, las ideas liberales y reformistas dejaron de ser el patrimonio de un partido, y se identificaron con la nación y con la patria; en su nombre se protestó contra la invasión del territorio por el ejército francés, en su nombre se ganó la batalla del 5 de Mayo y Puebla fué heroicamente defendida, y en su nombre también se hizo desaparecer hasta el último vestigio de la idea monárquica traída entre bayonetas extranjeras. En 1833 la idea liberal y reformista sólo era proclamada por unos cuantos calificados de demagogos por la mayoría, y sin eco ni prestigio en la opinión; en 1861 la misma idea había sido adoptada por una fracción considerable de la nación, que con audacia inconcebible y beneméritos esfuerzos la había convertido en gobierno, pero continuaba siendo la enseña de un partido.

Pero desde 1867 la idea reformista y liberal es la enseña de la nación misma, es el emblema de su independencia, el garante de su autonomía, el impulso de su progreso, y la base de la organización social mexicana contemporánea que, á la sombra de la paz, ha realizado tantos progresos en los últimos años.

Al Sr. Juárez, jefe de la nación, así en los agitados días de la Reforma, como en los sombríos y tenebrosos del Imperio, cabe la inmarcesible gloria de haber sostenido con las singulares dotes de su carácter tan noble causa en cuyo triunfo creyó siempre, así cuando en Veracruz fulminaba las leyes de Reforma, al compás del inmenso rumor del mar que besaba la arenosa playa y entre el asordador estrépito de los cañonazos de la reacción, como en la humilde villa de Paso del Norte, en donde se vió relegado al último confín de la República, sin más amigo que el Gobierno americano, sin más escudo que el heroico pecho de los hijos de la patria, y sin más esperanza de triunfo que la resolución inquebrantable que habían adoptado los mexicanos de ser republicanos, liberales y progresistas.



Consecuencias de la Reforma.

I.

IDENTIFICAR la relación de causalidad es una de las empresas más dificultosas que acomete el espíritu humano, y si lo es ya y mucho en las investigaciones relativamente sencillas que se refieren á los fenómenos físico-químicos, lo es mucho más, incomparablemente más, cuando se trata de acontecimientos sociales. Muchos siglos necesitó la humanidad para descifrar la energía poderosa y profusamente difundida que fulmina en el rayo, que ilumina hoy las ciudades, y que está llamada á ser el alma de la industria futura; muchos siglos también fueron precisos para que los pensadores se convenciesen de que los fenómenos sociales no son acontecimientos arbitrarios y caprichosos sino que se encuentran uniformemente unidos á otros que les acompañan, les preceden ó les siguen.

Aunque durante los siglos XVII y XVIII se hubiese ya vislumbrado tan gran verdad y la postularan, Vico en su *Scienza Nuova*, y los que crearon el importante ramo de investigación llamado Filosofía de la Historia, la verdad es que ella sólo fué explícita y terminantemente formulada en el primer tercio del siglo XIX. Los que tal servicio hicieron á la ciencia, advirtieron lo difícil que, por la enorme complicación de los fenómenos sociales, es identificar ó descubrir leyes en el completo conjunto que forman los hombres que conviven.

Nuestro espíritu propende á atribuir á algún hecho todo lo que viene después de él, multiplicandó así los ejemplos de aquella falacia que el lógico denominó *Post hoc, ergo propter hoc*. Mas escollo tan peligroso se sortea bien manejando con pericia los métodos que la lógica de nuestros días ha ideado para conducir á la verdad, y muy principalmente aquel, muy fecundo y eficaz, que consiste en asociar hábilmente la inducción, que resume y generaliza la experiencia, con la deducción que sagazmente la inter-